

Michael Schmaus (1897-1993), in memoriam

El 13 de diciembre de 1993 oficiaba en Gauting el Cardenal de München Freising, Friedrich Wetter, la misa de cuerpo presente del finado profesor emérito de Dogmática Michael Schmaus, y ensalzaba la memoria del maestro —también suyo— como de uno de los príncipes de la Teología en el siglo XX. El 12 de enero honró la Facultad de Teología de Munich al difunto en la iglesia universitaria de Sankt Ludwig. El Decano saludó a los familiares y al público congregado, y cedió la palabra a los profesores Richard Heinzmann, de la Facultad de Teología, y Wulf Steinmann, Rector de la Ludwig-Maximilian-Universität de Munich. Ante discípulos de la primera hora, allí congregados, y en presencia de muchos jóvenes y un público heterogéneo, muy fiel a Schmaus, que llenaba la nave central de la iglesia, presidida en el ábside por el fresco del Juicio Final, de Cornelius, recordó Heinzmann la figura del eminente teólogo, mostrando las líneas maestras de su pensamiento. Cuando desde el final de la nave —no había protocolos en este funeral— avanzó hasta el altar el Rector Magnífico, revestido con la tradicional cadena de oro, el silencio se hizo más espeso. El Rector honraba a uno de sus predecesores en un momento muy crítico, el de la primerísima hora de la hoy llamada «Era Adenauer», cuando Alemania resurgía de sus cenizas. El rectorado de Schmaus, como era habitual entonces, abarcó sólo un año, el curso universitario 1951-52. ¿Cuál no sería el asombro de los congregados al escuchar la lista de las realizaciones en un solo año de rectorado! Se levantó nuevamente la fachada neoclásica —ya nadie se acuerda de cuando se entraba a las clases por los meandros de las ruínas—; Schmaus convenció al Parlamento de Baviera de que debía votar un presupuesto extraordinario para los asuntos de la Universidad, incluyendo veinticinco reconstrucciones, repartidas por toda la ciudad. Muy pronto quedaron habilitados para la enseñanza y la investigación una serie de institutos: los de Física, Fisiología y la Clínica de odontología; los institutos de Fisiología y Alimentación de la Facultad de Veterinaria; el laboratorio de Química y el Instituto Geográfico. Schmaus llevó asimismo a cabo las gestiones decisivas para rehabilitar el núcleo de las clínicas universitarias del centro, obras que fueron concluidas pocos años después. Por lo que afecta a empresas como la apertura de la universidad a becarios extranjeros, la mensa o comedor universitario, la fundación de la Akademische Auslandsstelle, dos residencias de estudiantes en el Biederstein de Munich, así como la organización del Studium Generale bajo la denominación de «Lecciones de los Miércoles» para

oyentes de todas las Facultades: todo corrió a cuenta de aquel Rector Magnífico, de quebradiza figura y ojos grandes y fulgurantes, en los que chispeaba el genio.

* * *

¿Por qué derroteros se desenvolvía la teología católica alemana del siglo XX, el siglo que en buena medida también cierra Schmaus? La centuria no había comenzado bien. La neoescolástica del XIX había reculado sobre los clásicos y evitaba las tareas más espinosas del momento. Si se toma en cuenta que el vecino mundo de la teología protestante lanzaba olas sucesivas de investigadores muy críticos, cuyos resultados hacían tambalear los planteamientos de la teología dogmática, no se sabe qué pensar sobre aquellas pretericiones, si no es en la desafortunada incidencia de la polémica antimodernista. Sólo había un hombre en Alemania a principios del Siglo, Bernhard Bartmann, neoescolástico como todo el mundo, profesor de Dogma en Paderborn, que merecía ser destacado como auténtico apologista del catolicismo en la polémica con los protestantes. Decenas de artículos sobre los temas más diversos testimonian su pujanza y valentía. (Mientras tanto, corrían donosamente y sin levantar ninguna polvareda las ediciones de su Dogmática, pero su obra, hacia la que se hoy orienta como hacia su auténtica fundamentación el Instituto Ecuménico de la Universidad de Paderborn, está en sus artículos).

Al final del primer tercio de siglo se divisan ya en el firmamento teológico tres estrellas de primera magnitud: Karl Adam (1876-1966), Romano Guardini (1885-1968) y Michael Schmaus, que viene a la vida un decenio más tarde que Guardini y dos decenios más tarde que Adam. La cronología ayuda a fijar lo que van a significar estas figuras que irrumpirían sucesivamente en el pensamiento cristiano. Karl Adam cargó, como el ilustre Bartmann, con la herencia católica: intervino contra la *Lebensphilosophie* y en la discusión, ya entonces un poco tardía, de los problemas del monismo materialista. Hay en Adam una línea exegética de católica seguridad frente a la desmembración de la figura de Cristo a manos de la crítica protestante finisecular. Entiende también Adam en asuntos de teología dialéctica. Le tocó asimismo, al final de sus años universitarios, intervenir contra la macabra movida de los Cristianos Alemanes, que contaban en Tubinga con un clamoroso propagandista, Hauer, un nazi iluminado, profesor de sánscrito. Sendas monografías suyas sobre Cristo y la Iglesia, que fueron muy bien acogidas en toda Europa, señalan el centro de gravedad de su pensamiento dogmático. Cuenta en Adam, además, la lucidez de su estilo. Por todo ello, Adam pesó decisivamente como publicista.

Guardini representa el portento de la presencia de lo religioso y de lo católico en la sociedad, un portento que se avala por su sola sencillez. No ha sido buscada, ni mucho menos apoyada o provocada, la atención que el público prestó a su obra. Repárese, sin embargo, en que Guardini no quiso entrometerse en sutilezas

teológicas, ni en discusiones de grupo o de escuela: él trabajó siempre ligado a una Facultad de Filosofía y sus preferencias se inclinaron por resaltar los valores intelectuales, éticos y religiosos. Guardini, cuya prosa ha sido siempre citada muy elogiosamente, presentó sus trabajos, con la sencillez de un clásico y, por ello, convenció.

¿Cómo se explica ahora la acogida que recibió Michael Schmaus, el tercero de los famosos, autor de una estricta y rigurosa *Dogmatik*? Como discípulo del gran medievalista Martin Grabmann, catedrático de Dogmática en Munich, Schmaus inició su andadura con una tesis doctoral que hasta hoy sigue vigente, sin retoques —hace pocos años se reeditaba—: «La doctrina psicológica de la Trinidad en San Agustín» (1924). Schmaus fue el último corifeo de una edad heroica —tan inserta en el mito como las edades de Vico— de la investigación teológica. En su memoria de *habilitación* media entre dos estilos de pensamiento teológico, el dominicano y el franciscano, encarnados en las figuras de Santo Tomás de Aquino y Duns Escoto. En esos años de formación, nadie podría presumir el futuro éxito, incluso publicístico, de su *Dogmática*.

Schmaus no fue escritor, según los baremos convencionales. Destacó por la fofosidad y por el lujo de erudición al enfrentarse con una verdad, tanto si se trataba de incorporarla y hacerla brillar en el firmamento cristiano, como si de resaltar sus aspectos polémicos con el Dogma. Un teólogo dogmático con oficio, quizá incluso con más oficio que Adam. Éste, en efecto, no escribió una «Dogmática». ¿Por qué, pues, lo hizo Schmaus? En el aire estaba la sospecha de que la neoescolástica había fallado en su intento de repriminar la exposición de la fe de la Iglesia. Pero, nadie de su generación se atrevió con la empresa salvo Schmaus, y los resultados convencieron desde el primer momento.

Contaba un buen día ante un grupo de colegas el profesor Rudolf Lange (Bamberg) que cuando llegaba la jornada de asueto en aquel riguroso convictorio teológico del hoy lejano y mítico Breslau —sin otras ponderaciones: la mejor Facultad teológica de entreguerras; Munich se hizo posteriormente muy grande, porque acogió muy buena parte del profesorado de Breslau al concluir la Segunda Guerra mundial—, los estudiantes se dirigían a la sucursal de la Editorial Herder, con la esperanza de hallar un «nuevo Schmaus»... Es conveniente retener estas historietas a la hora de hacer balance de los vaivenes teológicos de un siglo. ¿Acaso es posible dar con la fórmula del éxito editorial de la *Dogmática* de Schmaus? Puede aventurarse que en esta *Dogmática* todo alcanza presencia, por lo que todo en ella es transparencia y diafanidad. El misterio reside acaso, por insistir en lo mismo, en el carácter abierto de este *opus magnum* —que en las últimas ediciones alcanzó gran volumen—: todo pensamiento, tendencia, escuela, es atendido con gran delicadeza y ocupa un lugar distinguido en su *Dogmática*. De la neoescolástica ha quedado en Schmaus, muy vigorizada, su ambición universalista. La coherencia entre fe vivida

y formulación intelectual sería, por lo demás, el plano en el que debería hacerse una ponderación de los valores de esta obra.

* * *

Metodológicamente, Schmaus es claro desde la primera hora con relación a un posible malentendido: su *Dogmática* se encamina derecha a «acortar el camino que va de la ciencia a la vida»; pero ello no debe entenderse en el sentido de que haya que avenirse al programa de la teología kerygmática de los jesuitas de Innsbruck, cuya portavoz en aquella hora era el P. Jungmann. Tampoco le son gratas las implicaciones de dicho programa en el sentido de que puedan coexistir teología tradicional y científica, por un lado, y teología piadosa, por otro. Frente a tan flojo planteamiento de la cuestión, Schmaus levanta la voz en el pórtico mismo de su segundo tomo y deja sentado que la idea de una kerygmática acientífica, hecha con fines piadosos, es tan monstruosa como la convicción de que pueda haber propiamente una teología científica desatendida de los aspectos existenciales y humanos, connotados en todo instante por la Revelación, por haberse realizado *propter salutem nostram*. Una kerygmática, así concebida, es decir, aislada, correría peligro de «hundirse rápidamente en las corrientes irracionales de la vida y en los inseguros abismos de la religiosidad subjetiva». La arquitectura neoescolástica es, pues, el transfondo de la obra de Schmaus, lo que le mueve a polemizar con la kerygmática. La Escuela se despoja de algunos de sus más lujosos atavíos: ya no se recapitula el sentido metafísico-religioso de la tesis con un argumento racional, pues por el capítulo pululan multitud de congruencias que hacen superflua la prueba. Tampoco se atiende a las penosas y exactísimas calificaciones que distinguían el rango dogmático de una creencia. «Glaubenssatz» (de fe) es, en todo caso, el epígrafe lapidario relativo a una tesis. La *Dogmática* de Schmaus desborda el marco de los tratados tradicionales por la exhuberancia de materiales exegéticos y patrísticos. En exégesis se sirve holgadamente de las teologías protestantes sobre el Antiguo y Nuevo Testamento. En este caso, añade prudentemente en la bibliografía: «prot.». Con sus referencias a la teología protestante espera subvenir a una necesidad eclesial: favorecer el movimiento de la *Una-Sancta*, como se formulaba en aquella hora. El cree haber encontrado en muchos de los artículos del *Theologisches Wörterbuch* de Gerhard Kittel una actitud de simpatía hace lo católico.

Llama la atención la casi ausencia de nombres como Karl Barth, Emil Brunner, y que nada diga de Rudolf Bultmann. ¿Ha preferido Schmaus que allá se las avengan con los dialécticos sus colegas Gottlieb Söhngen y Hans Urs von Balthasar? Sobre este punto valdría pena repensar de nuevo el contexto de la *Dogmática*. ¿No estará en juego aquí la cuestión de la pervivencia de un pensar católico, ancho y esencialista, que rehuye asumir formas de pensar existencialistas y quejumbrosas? Los testimonios de la Patrística se citan con todo detalle, a tono con las traduccio-

nes vigentes. Las categorías de «historia», «historicidad», etc., con todas las variantes que dichos conceptos admiten en alemán, son cuidadosamente repensadas. De esta forma, Schmaus dispone de una poderosa palanca para desvencijar sistemas con pretensiones supratemporales —filosóficos, en el fondo—, como los de la teología liberal, y puede arremeter contra el «mito», con cuyos valedores entonces vigentes —Walter F. Otto y afines— Schmaus familiariza a los oyentes. Sobre los problemas aludidos —historia, existencia histórica, etc., con los que aparece muy tempranamente familiarizado en su «Escatología» (1948)—, confesó Schmaus alguna vez, en el círculo de los más allegados, haber sacado mucho provecho de sus largos coloquios con sus colegas de la Facultad de Filosofía de Münster —el tema no le llega, pues, por Bultmann—. Todo ello conduce a una rehabilitación de alto estilo de la categoría *Heilsgeschichte*. «La Dogmática —nos insiste en el prólogo a su ‘Cristología’— está ligada al Cristo histórico, a un *factum historicum*, y no a un vaporoso y platónico reino de las ideas. Al ceñirse al testimonio de Cristo emitido por la Escritura y por los Padres, se vincula la Dogmática a Cristo». No existe previamente el andamio que faculte para trepar hacia la idea, sino que idea y andamio son una misma cosa. Desde estos presupuestos sobre el *factum historicum* se va profundizando y dinamizando el *ordo salutis*, con una referencia muy acusada a lo escatológico. A los alumnos de Schmaus se les facilitó así el acceso a formas teológicas nuevas en que predominaba el componente escatológico. Si puede hablarse de una evolución en Schmaus, sería con referencia a la intensificación que experimenta la *Heilsgeschichte*. No hay apenas una tesis doctoral dirigida por él en sus dos últimos decenios munitenses en que no actúe como criterio, como *status stantis et cadentis theologiae*, una explicitación de la *Heilsgeschichte*. Y, mientras, en su Grabmann-Institut irían acumulándose centenares de microfilms de tratados medievales, en su mayoría de origen franciscano.

Nota bene merece, en asunto de su metodología, el hoy tan largamente debatido tema del personalismo cristiano. Quizá algunos lectores de la *Dogmática* no se hayan apercibido de ello. No se trata ahora de redescubrir en Schmaus un valor *post festum*, séase, tras la popularización que ha alcanzado el personalismo en Emmanuel Lévinas. Al autor de esta necrológica, en su examen escrito para el llamado *rigurosum* de las pruebas doctorales, le fue asignada una papeleta que rezaba: «Aspectos cósmicos —*dinghaft*— y aspectos personales en la valoración de los sacramentos». En el aula de exámenes, por aquellos días, estaba permitido fumar y estimularse...

* * *

Cuesta trabajo representarse al Schmaus Rector Magnífico de 1951-52, atado durante sus cinco últimos años a una silla de ruedas, casi privado de la visión y con gran dificultad para percibir acústicamente su entorno. Ya no tenía sentido ni

leerle... Su fabulosa memoria le ayudaría a evocar tropes de ideas. Su inquebrantable fe cristiana, al responder a las felicitaciones de los distintos aniversarios, resplandece por su lozanía: nada de dramatismos en Schmaus. Schmaus tuvo que cargar con la cruz de haber sobrevivido a su tiempo, incluso cuando escribió una segunda versión de la Dogmática que no ha contado en esta necrológica. La tarde fría de enero en que nos reunimos para su funeral los discípulos y amigos —la nave central, repleta— faltaba naturalmente el bullicioso y sonriente grupo de las japonesitas y japoneses que estudiaban con él mística franciscana; también se echaba de menos la treintena de españoles que pasó por sus manos. Se añoraban los cuarenta doctorandos del Grabmann-Institut, que todos los miércoles comparecían trajeados festivamente en aquel seminario, que compartían con eminentes conversos, hijos de políticos y catedráticos, que también los hubo en aquellas sesiones. En el aire estaba también aquella tarde, completando la imagen del Schmaus triunfador, el Schmaus asequible al más desamparado de los estudiantes y el Schmaus con el que también «se aprobaba», si había voluntad de servir a la Iglesia.

Ignacio ESCRIBANO-ALBERCA

Giselastr. 25

D-80802 München

Recensiones

